

CRONICAS DESDE EL CAFE

La "Generación de la República"

Han llegado hasta aquí, hasta este tranquilo Café «mío», en el que echo de menos, mientras lleno cuartillas sentado en los divanes de peluche desluchado, ante los grandes espejos de aguas muertas, al pianista romántico y a los padres de familia que eran llamados, respetuosamente, «don Rafael», por el mozo de su «turno», y usaban sombrero hongo y cuello de pajarita, y decían «¡cáspita!», cuando se indignaban demasiado. Han llegado los jóvenes, bulliciosamente hasta mi viejo café.

Jóvenes obreros, bien vestidos, bien calzados, peinados y aun rasurados, aunque esto es ocioso, por lo lampiño de sus rostros, cuidadosamente. Han llegado, y se han puesto a charlar y a manotear, en plan de mitin, al rededor de una mesa, bien surtida en seguida de fiambres y cervezas.

Que si «las masas deben tomar de una vez el mando»..., que si «hay que arrollar a la burguesía»..., que si «la explotación del trabajador por el capitalista, ha de terminar para siempre»...

Bien se han despachado, bien, los muchachos, despotricando contra lo humano y lo divino. Y bien calladito me he estado yo, esta es la verdad.

De haberme decidido a correr el albur de ser arrastrado por... «cavernícola», yo les hubiera dicho muchas cosas. Y voy a decírselas desde aquí, si el señor censor quiere, que si que querrá, aunque puede que me arrastren también, en pensamiento, lo que será más cómodo para mí, pero nunca antes de haberme oído.

¿Tan terrible es, por desventura, lo que voy a decírselas? Terrible, no; triste. Triste y cierto, nada más; que ya es bastante.

Vosotros—les hubiera dicho, y les digo desde aquí—, que no habéis cumplido todavía; o habéis rebasado en muy poco, los veinte años; sois, indudablemente, lo que podríamos llamar «generación de la República», pues que con su advenimiento salíais de la infancia. Y habéis tomado el fruto de la democracia, cuando ya estaba maduro.

¡Cuántos años debieron pasar, para que llegara esa sazón de madurez! Años de lucha, en efecto; de persecuciones, de explotaciones; años, realmente, terribles.

Preguntadles, preguntadles a vuestros padres y, los que podáis, a vuestros abuelos. Ellos podrán hablaros del jornal corto y la jornada larga. Del no poder ejercer ningún derecho y deber cumplir todos los deberes. Del llegar a la pobre casa, por la noche—por la noche, casi, se salió también—, sin aliento. Del tener por fiesta señalada el tomar un café, y por repicar gordo ir al teatro. Del vestir la blusa honrada y fea del trabajador. Del ser atropellados, ametrallados, encarcelados, deportados... «masacrados», digámoslo con un galicismo grato a vosotros. Del estar confinados en el lado más triste de la vida.

Preguntadles, preguntadles Ellos podrán mostraros callos en las manos, y no brazos de atleta. Y cuerpos ultrajados en su condición humana, por el trabajo desproporcionado a sus fuerzas. Y os podrán decir cómo, a los treinta años eran viejos.

Mucho antes de cumplirlos, se habían hecho viejas también vuestras abuelas, vuestras madres, deformadas por las necesidades insatisfechas, por los dolores sin calma. Por el hambre. Junto a vuestros padres y a vuestras

madres, vivían—morían—, otros hombres a quienes se llamó «obreros de levita»: funcionarios «movibles» a cada cambio de Gobierno, periodistas, médicos, abogados. Personajes de un drama sin palabras, de una tragedia muda, de una pantomima espantable.

Todos aquellos sudores, todos aquellos dolores, todo aquel sufrimiento de unas clases atormentadas, han traído esto de ahora. La República. Sin gritos y sin tiros la trajeron; sin muertos y sin incendios. Como un fenómeno biológico que se producía fatalmente. Y, sobre todo: sin impacencias.

¿Sabéis lo que era la virtud de no ser impacientes, para aquellas masas de obreros de blusa y de obreros de levita? No, vosotros no lo sabéis; vosotros, sois impacientes. ¡Vosotros, que no sufristeis—nacidos ayer, advenidos a la vida «consciente» con la República—, opresiones ni persecuciones!

A ver, tú, el que más grita, jovenzuelo de veinte años: ¿Sabes lo que es dejarse la vida a girones, en el fondo de una mina? ¿Adivinas lo que es trabajar «de sol a sol»—¡sol de agosto castellano, o andaluz, o extremeño!—, por un puñadito de calderilla, menor que el que tú acabas de gastarte en merendar? ¿Presientes lo que es calzar

Ante mi noche

Mujer,
¿en dónde el trébole trébole
que teníamos que coger?

Yo no sé si tú te acuerdas.
Si lo olvido, no lo sé.
¡Hace de eso tanto tiempo!...
Y, sin embargo, fué ayer.

¡Mi noche! Parvas celestes.
La luna, biendo en la mies.
Los grillos, lumbre en el campo.
Mi boca, grito en la sed...
Yo no sé si tú te acuerdas.
Si lo olvido, no lo sé.

Nunca fué nuestra mi noche.
Se secó, en su florecer,
el trébole trebolillo
trébol de nuestro querer.
Tenía frescor de aurora,
y se secó sin coger.

¡Vamos... ¡Calla! No empieces.
Déjalo; yo lo diré:
...siempre por las cuatro hojas;
¡no tenía más que tres!

Y ésa es la culpa. Una culpa.
No preguntemos de quién.
¡Bah! Las cosas de la vida
y de la muerte, mujer.

¡Qué pena el trébole trébole
que se secó sin coger!

Juan ALCAIDE SANCHEZ

Mes de San Juan, 1936

Servicio permanente

Cuando me dispongo a llenar estas cuartillas, hace exactamente tres días, con sus noches—las setenta y dos horas españolas de las detenciones sin proceso—, que la señorita Margot presta servicio permanente en la sección de «estampados» de las «Galerías Lafayette».

Habitualmente cuando, de dos a tres de la madrugada, regreso a mi casa, exclamo ante la puerta:

—Soy yo, Perales.
Y, mientras la puerta se abre al conjuro de mi nombre, una voz juvenil me saluda, desde el fondo del portal:

—«Bonn nuit, monsieur Peralé».
En las tres últimas madrugadas, monsieur «Peralé» se ha visto privado de escuchar la voz juvenil y de oír ninguna otra. Porque la señora madre de la poseedora del armonioso acento abre la puerta a los inquilinos de la casa cuya portería regenta, sin necesidad de despertarse y no contesta a los saludos, ya que su automatismo no llega a permitirle la emisión de fórmulas de cortesía.

La portera de mi casa—de la casa en cuyo tercer piso tengo alquilada una habitación en la que cabemos tan justos mi cama y yo, que cuando tengo mucho sueño no cabemos—, trajo al mundo, hace veinte años, a la señorita Margot.

—¿Está enferma su hija?—la he preguntado esta mañana, cuando subí a arreglarle la «chambre»—Como hace tres uoches que no la oigo...

—No, no está enferma; lo que sucede es que, con eso de la huelga, anda ocupadísima.

¡Es verdad! Había olvidado que la señorita Margot, rubia, alegre y tuberculosa, está empleada, como dependiente, en las «Galerías Lafayette», sección de «estampados».

Como ella, otros centenares, otros miles de mujercitas y de obreros y empleados de Francia, andan estos días ocupadísimos, «con eso» de la huelga. Tan atareados, que no abandonan ni un instante los lugares del trabajo.

Durante el día, se organizan bailes, concursos ingeniosos; y, al llegar la noche, cada cual improvisa su dormitorio donde buenamente puede: un mostrador, la canal de una escalera automática, inmovilizada...

Todo ello da lugar a que los fotógrafos impresionen placas llenas de pintoresquismo, pero es fundamental, profundamente triste. Triste sobre todo, por lo que tiene de esclavitud disfrazada de libertad. Triste, aunque cada huelgista, terminado el conflicto, regrese a su casa con un fastasma de victoria en el bolsillo.

¡Libertad!... Tal vez la tengan, en efecto, quienes desde la sombra manejan los hilos de estas pobres marionetas de que es muestra la señorita Margot. ¡Ah, pero ellos, seguramente, durante todos estos días de angustia, habrán dormido sobre lecho más blando que el cauce de un «tapia roulant»!...

F. P.

Este número ha sido
Visado por la Censura

TALIA, AUTONOMA

La «Sociedad General de Autores Españoles», ya no tiene sucursal en Cataluña. Los autores catalanes se han independizado, y acaban de constituir su «Sociedad», autónoma, libre, con personalidad propia bien definida.

Don Ventura Gassol, consejero de Cultura de la Generalidad, ha dedicado a la entidad naciente los más optimistas augurios, y hay que pensar cómo, sin duda, asistimos a un renacimiento del Teatro catalán, que, por lo menos, cuenta, desde ahora, con un buen aparato administrativo.

Pero no sólo de pan vive el hombre, ni únicamente de funcionarios administrativos se alimenta el Teatro. No. La Escena catalana, cuenta también con una excelente pareja artística—el matrimonio Vila Davi—, precisamente homenajeado estos días.

¿Y los autores? Pues los autores, en plena euforia de triunfo, asimismo. «Marieta ostellera», comedia de la Barcelona ochocentista, lleva un montón de días, con casi todas o, por lo menos, muchas de sus noches, en el cartel del «Español».

Mas no únicamente en ese teatro del Paralelo, sobre cuyo tablado ha rectado versos románticos Ricardo Calvo y se ha exhibido en calzoncillos José Sanpere, se había ahora en catalán. En otro local del Montmarte barcelonés, se declama también en lengua vernácula.

Efectivamente, en el «Teatro Nuevo» se ha estrenado, con magnífico y bien ganado éxito, y continúa representándose en el mismo plan triunfal, una obra titulada «La Nostra Natatxa», traducción al catalán de la que se está aplaudiendo en el «Victoria», de Madrid, y en el «Romea», de la propia Barcelona.

Don Agustín Collado ha hecho la adaptación, tan cuidadosamente, no obstante las dificultades del empeño, por lo exótico del ambiente y del espíritu que trasplantaba, que en la noche del estreno tuvo que salir varias veces al palco escénico, requerido por las ovaciones del entusiasmado concurso, y aun dirigirle la palabra, al final de la representación para darle las gracias.

Los barceloneses que, rendidos ante las dificultades que ofrece el castellano, se veían privados de paladear la obra de Alejandro Casona, están, pues, de enhorabuena. Y lo está también, sin duda, el Teatro catalán.

D. F.

COMPRA DE ORO
(Casa Central en Madrid)

AVISO IMPORTANTE:

Oro de todas clases se compra a los precios más altos.

Abonamos por una onza 214 pesetas; por una moneda de 25 pesetas 66, y según clase, hasta más. También se compran objetos de todas clases que contengan parte de oro; alhajas antiguas, relojes rotos y trozos de oro. Los objetos que estén estropeados se pagan bien.

Se compran dentaduras que tengan oro. Se paga por una moneda de 100 pesetas del año 1896, pesetas 500; y por una onza del año 1724, pesetas 1 000. Se compran monedas romanas a los precios más altos; igual se compran pequeñas que grandes cantidades a los precios máximos. No dejen esta gran oportunidad por ser la mejor. Para más informes, diríjense de 10 a 1 y de 4 a 7, al

Hotel Cervantes — Teléfono, 66 — Valdepeñas

NOTA: Días de compra, del 23 al 26 de junio; únicamente se comprará hasta el viernes, 26. Avisando, pasamos a domicilio.

Lo que pasa en Barcelona

Los acostumbrados
equivocos

Uno, a veces—¡y cuántas veces!—, quiere hacerse la ilusión de que, por fin, va a hablarse claro en Cataluña; de que se acabaron para siempre ambigüedades y confusionismos; de que el gran problema catalán podrá resolverse, pues que, finalmente, se ha planteado a plena luz, sin dejar en él, ni a su alrededor, zonas de sombra. Pero la realidad, viene en seguida con su desilusión, con su descrédito del júbilo.

Sin embargo, uno no escarmienta, porque la paz y la fraternidad son tan hesmosas, que le engaña el deseo de verlas en vigencia, y las vemos presentes o, por lo menos, cercanas, incluso cuando más alejadas están.

Por mi parte, no escarmiento. Ahora mismo me he visto decepcionado, una vez más, y luego, o mañana, volveré a entusiasmar me con cualquier nimiedad, con cualquier «comodidad», tomada, en mi buen deseo, por síntoma cordialísimo.

La ocasión del dolor nuevo, la ha deparado el Congreso que han celebrado las Juventudes de «Acción Catalana», partido dos de cuyas figuras principales son don Amadeo Hurtado,

y don Luis Nicolau D'Oliver, actual gobernador del Banco de España, personalidad a quien saludó el Congreso y que, a su vez, correspondió al saludo, en un cordialísimo telegrama.

Las conclusiones aprobadas en esa reunión a la que dedica su cordialidad el gobernador del Banco de España, carecen de toda emoción, de toda intención, de toda identificación española. Tácitamente, se constituye el partido en baluarte del nacionalismo catalán—

—aseguran las conclusiones—, son ilimitadas—, y acuerda «rehusar la organización en Cataluña de todas aquellas agrupaciones que no sean más que sucursales de partidos españoles».

La referencia está tomada de la «Hoja Oficial» y no puede, por lo tanto, ser más autorizada.

¿Equivocos? No tan equivocos. Porque a mi me parece que, después de todo, no se puede hablar más claro.

Domingo de FUENMAYOR

Barcelona, junio, 1936.

alpargata y que el olor «a humanidad», aparte del camino de nuestro deseo a las mujercitas que huelen como princesas, y que a ti te es dado amar? ¿Tienes la intuición de lo que son los gritos del estómago hambriento, ahogados en vino barato?

No; tú no sabes nada de eso. Vosotros, los que, gritais tanto, obreros-señoritos, no sabeis nada de eso. Mejor para vosotros, y bien está así. Pero, ya que queráis disfrutar todos los derechos, cumplid, por lo menos, el deber de saber esperar. Saber esperar, no es ejercicio de mansedumbre, ni de servidumbre, sino de honradez. Por lo mucho que esperaron, por lo mucho que sufrieron—¡ellos sí!—, vuestros padres, esperad un poquitín vosotros, la fe puesta en la democracia, que dejará de serlo en cuanto se le fuerce a avanzar sin tino.

Esto habría dicho yo, y digo desde aquí, a los jovenzuelos alborotadores del viejo Café; a la insensata, injusta y aseñoritada «generación de la República».

Luis G. SORIA

Madrid, junio, 1936.